

## 4

# *Sobre la imaginación y la fantasía en el pensamiento de Hume*

Mario Edmundo Chávez Tortolero  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

### *Introducción*

En el *Tratado de la naturaleza humana*, David Hume presenta su pensamiento como intento de introducir el método experimental de razonamiento en cuestiones morales. Dicho pensamiento inicia con el planteamiento de la llamada *Ciencia de la naturaleza humana*. Puesto que somos seres que razonan, dice Hume, pero también uno de los objetos en los que razonamos (Hume, 2007, Introduction). El establecimiento de principios en dicha ciencia es requisito indispensable para cualquier desarrollo y progreso en el pantanoso terreno de las ciencias y el conocimiento humano. David Hume supone que la adquisición de cualquier certeza depende de que nuestros poderes y facultades funcionen correctamente. Por ello, antes de aventurar alguna afirmación sobre la realidad, es necesario que investiguemos los alcances de nuestras capacidades y determinemos las cualidades de la naturaleza humana.

Para evitar el relativismo que esta investigación puede suscitar, en principio podríamos suponer que existe una realidad completamente independiente de nosotros, una realidad que nunca está presente tal como es por sí misma en nuestra mente. Pero la *Ciencia de la naturaleza humana* no contiene juicios sobre dicha realidad, sólo tiene por objeto percepciones o lo que puede hacerse presente en la mente a través de los sentidos (internos o externos) como impresión, o bien, que puede representarse en el pensamiento como idea (Hume, 2007, Abstract). Para establecer los principios que se buscan, Hume no se ocupa más que de contenidos mentales que pueden ser objeto del pensamiento y la reflexión, y en especial de los que adquieren más importancia en la vida y curso de las acciones humanas. En efecto, las pasiones o impresiones de reflexión intensas constituyen el objeto principal de la *Ciencia de la naturaleza humana*. Las impresiones de



sensación, que surgen de causas desconocidas, son las percepciones más fuertes o vívidas que existen, pero ya que se presentan en la mente humana, ésta hace una copia o idea —una percepción más débil o menos vívida del mismo objeto— que pierde fuerza conforme se abre paso en el pensamiento hasta convertirse en idea perfecta, la cual, a su vez, puede reincidir en el alma como impresión de reflexión más o menos intensa (Hume, 2007, T. 1.1.2.1). En la descripción del pensamiento [*‘train of thought’*] de Hume se observa que la fuerza o vivacidad de las percepciones disminuye en la medida en que éstas se abren paso en la mente, pero también que puede aumentar considerablemente en cuanto reinciden en el alma, al grado de adquirir tanta fuerza como puede ser la de una pasión desenfrenada; son las pasiones aquellas percepciones que realmente mueven al ser humano en la vida y provocan acciones en el curso de los asuntos humanos.

En lo que sigue trataremos de mostrar que la existencia de pasiones supone el concurso de la imaginación o fantasía en tanto que poder de “avivar” ideas o de convertir ideas en impresiones. En este sentido, aunque se suspenda el juicio respecto a la existencia de una realidad completamente independiente de la mente humana, se mantenga cierto escepticismo con respecto a los últimos principios del alma, y se niegue la posibilidad de encontrar una explicación absolutamente racional de la naturaleza humana, sin embargo, es posible concebir la actividad fundamental del ser humano como esa capacidad de actuar a partir de ideas avivadas por la imaginación o fantasía. Se trata, sin embargo, de una actividad bastante problemática cuyo resultado puede ser tan racional como irracional, tan fructífero como fantasioso.

### *Situación hermenéutica*

David Hume suele ser considerado un empirista cuyo pensamiento se fundamenta por completo en la experiencia sensible. Desde la interpretación tradicional<sup>1</sup> del pensamiento de Hume, su filosofía se limitaría a

---

<sup>1</sup> Hay dos etiquetas tradicionales que nos permiten ubicar a David Hume en la historia de la filosofía: *empirista* y *escéptico*. En general, sus argumentos “empiristas” son mantenidos por el principio de que todas las ideas simples provienen de impresiones previas, en tanto que su “escepticismo” es un método que utiliza para plantear problemas y desarrollar los temas a tratar. Sin embargo, el principio empirista y el método escéptico son insuficientes para alcanzar el fin práctico de esta filosofía, que consiste en la ilustración de los lectores. Esto último implica una mezcla de lo empírico y racional que un Kant se dedicará a señalar y a evitar sistemáticamente. De hecho, puede decirse que la interpretación tradicional de la obra de Hume, en tanto que empirista y escéptico, inicia con la primera crítica de Kant (Kant, 2008), en donde se parte de la necesidad de resolver el problema principal de la filosofía para ampliar el conocimiento específicamente metafísico. En este contexto, se considera que el tratamiento de Hume es muy desafortunado. Ahora bien, es importante notar que aunque las primeras críticas de Kant se enfocan a la investigación sobre el entendimiento humano, el problema va más allá de la epistemología. La superación del pensamiento de Hume, tal como se observa en la segunda crítica de Kant (Kant, 2005, p. 84-85) y en la historia de la filosofía de Hegel (Hegel, 1955, p. 379), se presenta como una decisión práctica más que como una necesidad meramente teórica. En este sentido, el razonamiento empírico-escéptico sobre la causalidad que se le atribuye tiene que ser superado si es que se quiere justificar una aplicación del concepto metafísico

demostrar el absurdo del empirismo que él mismo pretendía sostener. Ya que, si somos estrictos, la sensibilidad no puede proporcionar certeza racional ni conocimiento apodíctico de la realidad. Y si lo que afirma Hume con respecto a nuestras creencias es cierto, por ejemplo: que la proposición ‘mañana saldrá el sol’ es igual de racional que la proposición ‘mañana no saldrá el sol’, ¿qué podemos esperar de nuestro conocimiento en general? Si este último no se fundamenta en la razón, ¿qué nos permite afirmar que todos nuestros juicios son realmente de tal o cual naturaleza? Esta es la parte negativa de su pensamiento. En un primer momento, el escéptico de Hume parece limitarse a afirmar que sólo creemos en una proposición más que en la otra por hábito o costumbre, y hasta por la satisfacción de pensar que las cosas seguirán comportándose como hasta ahora; es muy desagradable aceptar que el día de hoy podría ser el último de nuestra vida. Pero su filosofía va más allá, pese a negar la posibilidad de un conocimiento apodíctico de la realidad, deja abierto otro camino de investigación y reflexión digno de atención.

Desde las nuevas perspectivas sobre la obra, vida e influencias de Hume,<sup>2</sup> lo que adquiere un papel fundamental en la filosofía no es el problema del conocimiento humano y su derivación de la experiencia sensible, sino el papel de la imaginación, la fantasía y las pasiones en la fijación de creencias y la justificación de las acciones humanas. En efecto, para establecer conexiones necesarias o constantes entre fenómenos y elaborar teorías filosóficas o científicas en la cuales podamos creer, esperamos en el futuro tomar la mejor elección con respecto a lo que queremos o esperamos en el futuro y, en efecto, llevarlo a cabo, es necesario que contemos con el poder —que llamamos ‘imaginación’ o ‘fantasía’— de avivar las ideas o de convertirlas en impresiones. Ahora bien, aunque David Hume utiliza ambos términos de manera indistinta (*‘imagination’*, *‘fancy’*), propondremos una distinción crucial.

---

en cuestión en el ámbito de la moral; puesto que si la causalidad no tuviera más que realidad empírica, entonces la voluntad sería una construcción arbitraria; un principio subjetivo y nocivo para la moral dogmática que se quería fundamentar.

<sup>2</sup> Las interpretaciones novedosas de la obra de Hume se han vuelto recurrentes en las últimas décadas y se oponen a la tradicional en varios sentidos, así como a la recepción que Hume obtuvo en la época de la Ilustración, por la cual llegó a ser considerado uno de los escritores más famosos de su tiempo. No se trata ya de lectores ingenuos que buscan entretenimiento refinado y pasajero, sino de académicos que pretenden rebatir conceptos y perspectivas muy concretas para hacer aportaciones específicas a la historia de la filosofía: Barry Stroud, Richard Popkin, Ernest Mossner, Peter Kivy, Don Garret, Fred Parker, Abraham Anderson, entre otros, han tratado de recuperar el espíritu de una filosofía que no se ajusta a los parámetros de aquella de la razón que pretendió superarla. Pero, en todo caso, ¿qué criterio moral se puede derivar del asombro y la incertidumbre?, ¿qué hábitos y creencias están justificados para alguien que piensa como Hume? Estas cuestiones nos llevan al escañoso tema de la religión y la secularización de la Ilustración, así como a considerar las propuestas morales y estéticas del filósofo en cuestión, las cuales dependen, en mayor o menor medida, del concepto de imaginación o fantasía.

Quizá de esta manera podamos salir del escepticismo epistemológico mediante el mismo pensamiento que nos ha invitado a caer en él. En efecto, la imaginación y la fantasía hacen referencia a un mismo poder humano y natural, sin embargo, en el primer caso se concreta como una facultad que opera con libertad, pero según principios, en tanto que en el segundo operaría arbitrariamente. De manera que el poder de producir pasiones es normal, racional y positivo para los seres humanos, pero también puede ser delirante, irracional y negativo. Para comprender lo anterior es pertinente que analicemos el concepto de imaginación.

### *Empirismo e imaginación*

El empirismo de Hume es bastante limitado o específico. En estricto sentido, no afirma que todo lo que pensamos se deriva directamente de la experiencia sensible, sino que todas las ideas simples provienen de impresiones previas,<sup>3</sup> y que la memoria nos permite reconocer el orden en que dichas impresiones se presentaron por primera vez. Por ello, dice Barry Stroud,

[...] una correcta inspección de la mente revelaría una correlación uno-a-uno entre nuestras ideas simples y nuestras impresiones simples. Para toda idea simple en la mente, hay una impresión simple

<sup>3</sup> Podría objetarse que como el origen de las impresiones es empírico y las ideas simples, que constituyen el pensamiento, provienen de impresiones, entonces, todo lo que pensamos deriva de la experiencia sensible o tiene origen empírico. Al respecto, decimos que para Hume no todo lo que pensamos deriva “directamente” de la experiencia sensible; podemos tener ideas complejas que no derivan directamente de la experiencia sensible, como un caballo alado. En efecto, suponemos que una idea de este tipo se compone de ideas simples que derivan de impresiones previas, pero dicha “composición” implica un elemento intermedio, es decir, imaginación o fantasía; así que sólo se derivan indirectamente de la experiencia sensible. La derivación indirecta de la experiencia sensible es digna de atención, ya que de ella depende la existencia de creencias irracionales o supersticiosas, incluso de ideas que ponen en entredicho el principio empirista de la filosofía de Hume. Recordemos el “fenómeno contradictorio” de la gama de azules en la primera sección del *Tratado* (T 1.1.1.10). Baste la siguiente explicación de dicho fenómeno:

- (i) Una persona ha visto, a lo largo de su vida, todos los tonos de azul que existen excepto uno de ellos. De repente, pierde la vista. Ahora quiere percibir el tono de azul faltante.
- (ii) Siendo que cada idea de tono es diferente a las demás que son implicadas en un mismo color, aunque sea bastante similar puede separarse de ellas (tal como las ideas de cada color se separan entre sí), lo que nos permitiría considerarla como una idea simple, distinta o independiente de las demás.
- (iii) Si la persona en cuestión pierde la vista después de haber experimentado todos los tonos de azul, excepto uno que ahora intenta percibir, ya que tiene imaginación, en efecto, puede unir las ideas que tiene de cada tono de azul para formar la idea compleja de la gama de azules, en donde falta un tono, ¿por qué no podría formar la idea de ese tono que intenta percibir? ¿A caso no podría mezclar o unir la idea de los dos tonos contiguos al que busca y así obtenerlo?

Podemos decir que esto no es más que un ejemplo de cómo una idea puede producirse a partir de ideas derivadas de impresiones previas. El problema es que este tipo de derivación indirecta parecería poner en duda el principio de que todas las ideas simples provienen de impresiones previas. Al respecto, habría que determinar si la idea del azul faltante es en efecto una idea simple. Sin afán de resolver este problema, queda claro que la derivación indirecta es digna de atención.

exactamente semejante, y viceversa. Los aparentes contraejemplos mencionados se refieren a percepciones complejas, y podemos por ende hacerlos a un lado sin peligro (Stroud, 2005, p. 38).

El problema es que son propiamente las ideas complejas, y no las ideas simples, las que constituyen el objeto de nuestras reflexiones, valoraciones y creencias. Así es que el principio del origen de nuestras ideas simples, junto con el principio de las operaciones de la memoria, puede asegurar cierto tipo de certeza; sin embargo, para el tratamiento de las pasiones, la *Ciencia de la naturaleza humana* tiene que ser complementada por el siguiente principio: “la imaginación es libre de trasponer y cambiar sus ideas” (Hume, 2007, T. 1.1.3.4). Este último es un principio problemático.

La primera vez que se menciona en el *Tratado* se manifiesta como la excepción a la regla general del empirismo. Puesto que, como dice Hume: “Yo me puedo imaginar una ciudad tal como la *Nueva Jerusalén*, con su pavimento de oro, y sus muros de rubíes, aunque jamás he visto algo semejante” (Hume, 2007, T. 1.1.1.4).<sup>4</sup> Es gracias a este tipo de ideas que el empirismo ingenuo se vuelve dudoso. Puesto que podemos hablar de cosas que nunca hemos visto, y en esa medida considerar la existencia de objetos que pueden estar presentes en la mente y formar parte de la experiencia sin la intervención de los sentidos; y es que tenemos una facultad de representación que puede operar sin ellos, una facultad que aun siendo común y propiamente humana, tiene el poder de alterar por completo el orden de la naturaleza y confundir todas nuestras experiencias: “las fábulas que encontramos en los poemas y los romances no dejan lugar a dudas: la naturaleza es completamente distorsionada, ahí en donde no hay más que caballos alados, dragones feroces y monstruos gigantes” (Hume, 2007, T. 1.1.3.4).

Aunque los dos primeros principios de la *Ciencia de la naturaleza humana* (sobre las percepciones simples y sobre las operaciones de la memoria) nos permiten solucionar el problema del origen de nuestras ideas, en realidad, podemos replantearlo a partir del tercero (sobre la libertad de la imaginación) de la siguiente manera: aunque todas las ideas simples se deriven de impresiones simples y todas las ideas simples se mantengan en orden uniforme gracias a la memoria, la imaginación puede componer ideas complejas y avivarlas, representarse una percepción en lugar de otra y alterar el orden en el que las impresiones correspondientes se presentaron por primera vez, y sin menoscabo del grado de vivacidad. El principio de la libertad de la imaginación deja abierto un problema que

---

<sup>4</sup> Todas las traducciones son mías.



va más allá de la epistemología que sólo podrá resolverse mediante el tratamiento de las pasiones y la moral:

Nada es más libre que la imaginación del ser humano, y aunque no pueda sobrepasar el repertorio original de ideas proporcionadas por los sentidos internos y externos, tiene poder ilimitado de mezclar, componer, separar y dividir esas ideas con toda clase de ficciones y visiones. Puede fingir una sucesión de eventos que parezcan totalmente reales, atribuirles un tiempo y un espacio en particular, concebirlos como existentes, y hasta representárselos con todas y cada una de las circunstancias propias de un hecho histórico, en el que cree con la mayor de las certezas (Hume, 2000, EHU, 5.10).

De lo anterior pueden surgir varias preguntas. ¿Acaso podemos creer en cualquier cosa que imaginemos? ¿Cuál es la diferencia entre realidad y fantasía? ¿Cómo puedo eliminar a la fantasía de mi sistema de creencias? Pese a que las certezas de la historia, las ciencias y la filosofía sean tan naturales o artificiales como las creencias más aventuradas de la literatura, y en principio seamos libres de adoptar tanto unas como otras, David Hume sostiene que nuestra imaginación puede y debe comportarse como facultad confiable y uniforme, en cuanto opere con base en reglas de composición y principios de relación.

La imaginación deja de presentarse como un misterio en cuanto comprendemos que sus invenciones son resultado de operaciones o reglas de composición determinadas: (i) si la imaginación percibe alguna diferencia entre ideas puede separarlas; (ii) si la imaginación percibe dos o más ideas juntas puede unir las; y (iii) si la imaginación percibe una idea puede atribuirle existencia. Más allá de develar nuestra incapacidad de asegurar el fundamento racional de cada uno de los juicios o proposiciones en las que creemos, a partir de dichas reglas es posible identificar los procedimientos por los que cada una de nuestras creencias llega a ser producida.

En cuanto a la segunda regla (ii), que atañe directamente a la composición de ideas complejas, es necesario observar que existen principios de relación que nos permiten unir ideas de manera racional, a saber: por semejanza, contigüidad y causa-efecto. Al hablar de relaciones,<sup>5</sup> sin embargo,

---

<sup>5</sup> Hume sostiene que la palabra relación tiene dos sentidos diferentes (Hume, 2007, T 1.1.5.1). Por sentido común, se refiere a la cualidad por la que dos ideas suelen conectarse en la imaginación, de ahí que al pensar en una de ellas, lo más probable es que también pensemos en la otra. Como término filosófico, se refiere a las circunstancias por las que dos ideas pueden ser comparadas arbitrariamente. A partir de ambos sentidos se postulan dos tipos de relación entre ideas: las comunes y las filosóficas. Las primeras se constituyen como principios de las conexiones o asociaciones que solemos hacer con naturalidad, en tanto las segundas se constituyen como principios de las comparaciones racionales y artificiales que suelen ser propuestas por científicos y filósofos. En todo caso, tanto las conexiones como las comparaciones pueden llevar a la unión de las ideas implicadas, o a la producción de ideas complejas a partir de ideas simples.

David Hume no se refiere a las asociaciones y las comparaciones que suele realizar cada quien, sino a las cualidades y circunstancias en las que debe apoyarse toda asociación o comparación racional. Así es que los principios de relación son independientes del hecho de que una persona singular conecte y compare sus ideas. Sin embargo, pese a presentarlos como principios universales de la naturaleza humana, Hume se ve forzado a aceptar que no determinan a la imaginación en todo caso. No son más que una fuerza moderada que comúnmente prevalece (Hume, 2007, T 1.1.4.1), ya que también tenemos el poder de juntar ideas arbitrariamente. De manera que la labor de evitar arbitrariedades en lo que respecta a la conexión de nuestras ideas, y de observar los principios de relación que aseguran el orden racional, uniforme y socialmente correcto del pensamiento, no es un supuesto ni una necesidad, sino un trabajo de autonomía.

### *Definición de imaginación y fantasía*

Con el fin de aclarar la diferencia entre imaginación y fantasía, se hará un breve análisis del concepto. El término *imaginación* adquiere más de un sentido en el contexto de la *Ciencia de la naturaleza humana*. En principio, tiene dos sentidos que podemos considerar relativos, ya a la memoria (amplio) o a la razón (más limitado).<sup>6</sup> En ambos casos se trata de la facultad que produce nuestras ideas más débiles o menos vívidas; sin embargo, en tanto se opone a la razón, se limita a producir ideas irracionales. Pero hay que notar que el sentido de esta palabra es variable y puede oponerse al de otra (como *razón*), que sería implicada por aquélla en su sentido amplio. Esto nos lleva a considerar un tercer sentido —no relativo— de la palabra en cuestión que nos remite a la libertad de la imaginación, según el cual ya no se opone ni a la *memoria* ni a la *razón*, sino a cualquier facultad humana, o bien, a ninguna de ellas.

#### *A. Imaginación respecto a la memoria*

Se trata de la facultad que produce nuestras ideas más débiles o menos vívidas. Es evidente que las ideas imperfectas de la memoria son más débiles que las impresiones de las que provienen, pero más fuertes que las ideas perfectas de la imaginación, en tanto que la fuerza original u objetiva no se ha perdido por completo. En cuanto dicha fuerza se acaba, en efecto, la memoria deja de funcionar, mientras que la imaginación puede seguir operando. A diferencia de la memoria (facultad de represen-

<sup>6</sup> “Esta palabra se usa comúnmente en dos sentidos diferentes; y aunque no haya nada más contrario a la verdadera filosofía que tal inexactitud, en el curso de mis razonamientos me he visto obligado a caer constantemente en ella. Cuando opongo la imaginación a la memoria, me refiero a la facultad mediante la cual formamos nuestras ideas más débiles. Cuando la opongo a la razón, me refiero a la misma facultad, excluyendo nuestros razonamientos demostrativos y probabilísticos. Cuando no la opongo a ninguna, es indiferente si se toma en el sentido más amplio o en el más limitado, o al menos el significado será suficientemente claro por el contexto” (Hume, 2007, T. 1.3.9n).



tación condicionada por los sentidos), la imaginación (facultad de libre representación) puede crear ideas complejas sin más elementos que sus propias ideas. Independientemente de la fuerza o la vivacidad de cada representación, la diferencia fundamental entre la memoria y la imaginación radica en el poder de crear percepciones: un poder que no tiene la primera, pero que sí tiene la segunda.

### B. *Imaginación respecto a la razón (fantasía)*

Se trata de la facultad que produce ideas irracionales o ideas a partir de otras ideas sin apoyo en principios de relación entre ellas. Puesto que la razón consiste en el descubrimiento de la verdad (Hume, 2007, T 3.1.1), en este sentido, la fantasía es la causa de su tergiversación o perversión natural. Si pudiésemos eliminar su influencia en el pensamiento, la verdad se mostraría ininterrumpidamente, sin las ficciones que alteran el orden de las percepciones. De hecho, David Hume llega a afirmar que “nada es más peligroso para la razón que los vuelos de la imaginación [llámese *fantasía*], y nada ha provocado más errores entre los filósofos” (Hume, 2007, T. 1.4.7.6). Pero, aun en este sentido limitado y negativo, sigue tratándose de una cualidad de la naturaleza humana, quizá la más poderosa, ya que permite crear ideas completamente nuevas o independientes tanto de la experiencia como de las reglas del entendimiento.

### C. *La imaginación con respecto a sí misma*

Según Jan Wilbanks, la palabra *imaginación* para Hume sólo tiene dos sentidos: el primero sería relativo a la memoria (facultad que produce nuestras ideas más débiles), en tanto que el segundo a la razón (facultad que produce ideas irracionales), y “cuando no se le opone a ninguna de estas facultades, [su sentido] es idéntico a alguno de los otros dos, y suele haber cierta indiferencia con respecto a cuál de ellos elijamos” (Wilbanks, 1968, p. 17). Según este intérprete, la imaginación no tendría sentido más que como una facultad entre otras. Así es que para comprender dicho concepto bastaría con distinguir cuál de los dos sentidos definidos es el más adecuado para cada uno de los casos en los que dicha palabra es mencionada. Desde esta perspectiva, pues, no habría manera de comprender cómo es que las ideas de la imaginación pueden ser avivadas o convertidas en impresiones de reflexión. Al respecto, en la conclusión del primer libro del *Tratado* encontramos la siguiente afirmación: “la memoria, los sentidos y el entendimiento están, todos ellos, fundados en la imaginación o en la vivacidad de nuestras ideas” (Hume, 2007, T. 1.4.7.3).

Aquí ya no se habla de una facultad entre otras, sino del fundamento de todas, ya sean sensibles (sentidos), mentales (entendimiento)

o intermedias entre los sentidos y la mente (memoria). Dice Hume que “sin esta cualidad por la que la mente aviva algunas ideas más que otras (la cual parece ser tan trivial y tan poco fundada en la razón), nunca podríamos asentir a ningún argumento, ni llevar a nuestra perspectiva más allá de los objetos que se presentan ante nuestros sentidos” (Hume, 2007, T. 1.4.7.3). De manera que si asentimos a la definición de la imaginación con respecto a la memoria y con respecto a la razón, así como a cualquier argumento, proposición o definición, es gracias a nuestra imaginación. Se trata, pues, del concepto de algo que se puede autodeterminar o definirse a sí mismo. Y es que la imaginación, en tanto que vivacidad de las ideas, permite que las razones sean sentidas o percibidas como impresiones más o menos vívidas, y que las impresiones violentas sean racionalizadas o entendidas. Sin embargo, es necesario reiterar que la misma “cualidad por la que la mente aviva algunas ideas más que otras” puede ser tan racional como irracional. El éxito de toda la empresa filosófica de Hume depende de esta distinción:

Puede objetarse aquí que siendo la imaginación, según mi propia confesión, el último juez de todos los sistemas de la filosofía, soy injusto censurando a los filósofos antiguos por hacer uso de esta facultad y por guiarse enteramente por ella en sus razonamientos. Para justificarme a mí mismo debo distinguir los principios de la imaginación que son permanentes, irresistibles y universales —como es la transición de las causas a los efectos y viceversa— de aquellos que son cambiantes, débiles e irregulares... Los primeros son el fundamento de todos nuestros pensamientos y acciones, y en cuanto hagan falta, la naturaleza humana habrá de perecer e ir a la ruina. Los segundos no son inevitables ni necesarios para la humanidad, tampoco resultan muy útiles para conducirse en la vida; al contrario, parece que sólo tienen lugar en mentes débiles, y siendo opuestos a los otros principios de la costumbre y el razonamiento, pueden ser revertidos fácilmente mediante el contraste y la oposición. Por esta razón, los primeros son recibidos y los segundos rechazados por la filosofía (Hume, 2007, T 1.4.4.1)

No hay que olvidar que Hume mismo duda de la necesidad de los principios de relación, que permiten justificar su empresa filosófica y establecer la distinción entre imaginación y fantasía que proponemos aquí. Pero el uso de dichos principios es lo único que le valdría el “glorioso título inventor”, según sus propias palabras (Hume, 2007, Abstract, 35). Es justamente por ello que el pensamiento de Hume parece regresarnos



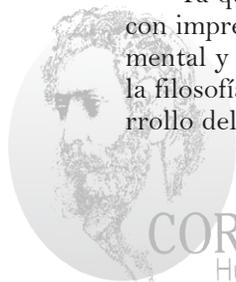
al punto de inicio. Lo que nos permitiría salir del escepticismo epistemológico no es algo apodíctico y necesario. Siempre puede dudarse de ello. En efecto, si los principios de relación son imaginarios o inventados por un autor, ¿cómo asegurar que son algo más que fantasías?, ¿por qué creer que son los principios más convenientes que se pueden imaginar? Más que contestar a estas preguntas en la teoría, el pensamiento de Hume nos invita a resolver el problema en la práctica, puesto que, “tal como la naturaleza nos enseña a usar nuestras extremidades, sin darnos conocimiento de los músculos y los nervios por los cuales actúan, así ha implantado en nosotros un instinto que dirige al pensamiento por el curso que corresponde al que ha establecido en los objetos externos, aunque ignoremos por completo los poderes y las fuerzas de los que depende este curso regular y sucesión de objetos depende por completo” (Hume, 2000, EHU, 5.2.22).

### *Conclusión*

Para concluir, retomaremos las preguntas planteadas al principio. Hemos dicho que el empirismo de Hume nos deja en un estado de incertidumbre indeseable respecto a las leyes y los principios de toda teoría o sistematización de la realidad que pretenda predecir y establecer conexiones necesarias entre fenómenos. El verdadero fundamento de la filosofía y las ciencias se vuelve un tanto misterioso. No es con base en el entendimiento, sino con base en la imaginación que producimos ideas abstractas y reglas generales. Más que la razón es la pasión la que nos guía en nuestras investigaciones y mantiene nuestras creencias. Y ya que la influencia de la razón pura, que acabaría con toda intransigencia y superstición, ha quedado descartada de la vida, no queda más que imaginación o fantasía.

Pero al analizar el concepto de aquel poder o facultad por la cual se suscitaron todos estos problemas, nos damos cuenta de que si bien implica cierta libertad para inventar ideas y creer prácticamente en cualquier cosa (a saber, en tanto que fantasía), por otro lado, también nos permite proceder con base en principios racionales y ganar la autonomía del pensamiento humano (en tanto que imaginación). Para Hume “no hay nada más evidente que el hecho de que las ideas a las que asentimos son más fuertes, firmes y vívidas que aquellos ensueños de un constructor de castillos encantados” (Hume, 2007, T. 1.3.7.8).

Ya que tenemos la libertad de avivar nuestras ideas y confundirlas con impresiones hasta inventar creencias falsas, siendo ésta la actividad mental y sensible que suele ser facilitada por la literatura, las ciencias y la filosofía, en efecto, la formación racional de la imaginación o el desarrollo del entendimiento humano mediante la crítica literaria, científica



y filosófica se presenta como el propósito más importante de la *Ciencia de la naturaleza humana*. Puesto que tenemos un poder tan maravilloso como peligroso que sólo va a operar correctamente en la medida en la que nosotros mismos así lo procuremos. Más que tratarse de una necesidad o de una condición de posibilidad de la experiencia, la distinción entre imaginación y fantasía se presenta como exigencia moral de lo que debemos observar constantemente y por propia convicción.

## Referencias

- Baxter, D., 2008, *Hume's Difficulty. Time and Identity in the Treatise*, Routledge, Nueva York.
- Deleuze, Gilles, 2002, *Empirismo y subjetividad*, traducción Hugo Acevedo, Gedisa, España.
- Garret, D., 1997, *Cognition and Commitment in Hume's Philosophy*, Oxford University Press, Nueva York.
- Gracyk, T., 1994, "Rethinking Hume's Standard of Taste", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol. 52, pp. 168-182.
- Hegel, G. W. F., 1955, *Lecciones sobre la historia de la filosofía III*, Ed. Elsa Frost, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hume, D., 2007, *A Treatise of Human Nature*, ed. D. F. Norton y M. J. Norton, Calderon Press / Oxford, Nueva York.
- , 2000, *An Enquiry concerning Human Understanding*, ed. Tom L. Beauchamp, Calderon Press / Oxford, Nueva York.
- , 2000, *Four Dissertations*, St. Augustine's Press, Indiana.
- , 1826, *The Philosophical Works*, Ed. Thomas Hill Green y Thomas Hodge Grose (4 vols.), Adam Black and William Tait, Londres.
- Kant, I., 2008, *Crítica de la razón pura*, ed. bilingüe, traducción y notas M. Caimi, FCE/UAM/UNAM, México.
- , 2005, *Crítica de la razón práctica*, ed. bilingüe, tr. y n. Dulce María Granja, FCE/UAM/UNAM, México.
- Kemp Smith, N., 2005, *The Philosophy of David Hume. A critical study of its origins and central doctrines*, Macmillan, Nueva York.
- Kivy, P., 2003, *The seventh sense. Frances Hutcheson and Eighteenth-Century British Aesthetics*, Oxford University Press, Nueva York.
- Merril, K R., 2008, *Historical Dictionary of Hume's Philosophy*, The Scarecrow Press, Reino Unido.
- Mossner, E. C., 1980, *The life of David Hume*, Clarendon Press, Oxford.
- Neill, A., 1998, "Hume's singular Phaenomenon", *British Journal of Aesthetics*, vol. 39, pp. 112-125.
- Norton, D. F., 1993, "Hume, human nature, and the foundation of morality", en *The Cambridge companion to Hume*, Ed. David Fate, Cambridge University Press, Cambridge.



- Noxon, J., 1974, *La evolución de la filosofía de Hume*, tr. Carlos Solís, Revista de Occidente, Madrid.
- Parker, F., 2003, *Scepticism and Literature. An Essay on Pope, Hume, Sterne and Johnson*, Oxford University Press, Nueva York.
- Penelhum, T., 1975, *Hume*, The MacMillan Press, Londres.
- Popkin, R., 1980, *The High Road to Pyrrhonism*, Austin Hill Press, Indianápolis.
- Rábade, S., 1975, *Hume y el fenomenismo moderno*, Gredos, Madrid.
- Rose, M. C., 1976, "The importance of Hume in the History of Western Aesthetics", *British Journal of Aesthetics*, vol. 16, pp. 218-229.
- Salas, J. de y Martín, F., comp., 1998, *David Hume. Perspectivas sobre su obra*, Editorial Complutense, Madrid.
- Shelley, J., 1976, "Hume's Double Standard of Taste", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol. 52, pp. 437-445.
- Stroud, B., 2005, *Hume*, Tr. Antonio Ziri6n, UNAM, M6xico.
- Townsend, D., 2001, *Hume's aesthetic theory. Taste and Sentiment*, Routledge, Londres.
- Wilbanks, J., 1968, *Hume's Theory of Imagination*, Springer, La Haya.

